

Visibilización de violencia en estudiantes bachilleres

Claudia Liliana Vázquez Juárez
Maria Daniela Rosas Garcia

<https://doi.org/10.61728/AE20252830>



Resumen

En este capítulo se describen los resultados de un test sobre la violencia. Se seleccionaron 5 preguntas de uno aplicado a los alumnos de nivel bachillerato, la opinión sobre los tipos de violencias a los que están expuestos, así como en los ámbitos en los que perciben violencia, son violentados o se sienten violentados y qué derechos universitarios y derechos humanos son transgredidos.

La violencia en el ámbito escolar, particularmente en el nivel de bachillerato, es un problema que afecta gravemente los derechos humanos de los estudiantes. Este fenómeno incluye diversas formas de maltrato, como la violencia física, psicológica y el acoso escolar, que vulneran derechos fundamentales como la integridad personal, la educación y una vida libre de violencia. La visibilización de este problema es esencial para garantizar la protección y promoción de los derechos humanos y universitarios en el contexto educativo.

Introducción

La violencia en el contexto educativo, ya sea física, psicológica o emocional, constituye una vulneración directa a los derechos humanos de los estudiantes. En México, las cifras del INEGI y de la Secretaría de Salud reflejan que miles de estudiantes son víctimas de violencia en sus entornos escolares cada año. En 2021, por ejemplo, 30.7 mil adolescentes de entre 10 y 17 años sufrieron violencia física en las escuelas. La violencia escolar en México sigue siendo una preocupación significativa, afectando a estudiantes de diversos niveles educativos, incluido el bachillerato (Secretaría de Salud 2024).

Los datos específicos para 2024 aún son limitados; las tendencias y los informes disponibles ofrecen un panorama general de la situación que se está viviendo. Para noviembre de 2024, se reportó un incremento en los casos de violencia escolar en México. Por ejemplo, en la Ciudad de México se registraron 1389 denuncias de acoso escolar entre enero de 2019 y enero de 2024, lo que indica una tendencia al alza en este tipo de incidentes. Además, se estima que México se ha convertido en el segundo país con

más casos de acoso escolar a nivel mundial, reportando 280 000 casos entre 2023 y 2024, una violación clara al derecho de vivir en un entorno seguro y propicio para el aprendizaje.

La violencia es un problema social y de salud pública; en todas sus formas y en la etapa en la que se presente, resulta en severos daños en la víctima, los cuales van desde secuelas físicas, psicológicas y sociales. Diversos autores mencionan que la violencia en entornos escolares incluye violencia verbal, física y psicológica, así como exclusión social y rechazo por parte de otros estudiantes, en donde aparecen los roles de víctima, agresor y observador en la dinámica de violencia escolar (Martos Martínez et al., 2021).

Cuando la violencia aparece fuera del ámbito académico, se encuentra la violencia intrafamiliar (verbal y física) ejercida por padres, madres y hermanos, así como violencia entre pares y en la comunidad (Silva et al., 2021).

Por lo que este trabajo es relevante para comprender las dinámicas de violencia en contextos educativos para prevenirla y generar intervenciones efectivas en las situaciones de violencia que viven los jóvenes en los diversos ámbitos de su vida, ya que se ha mostrado que dicha violencia tiene impacto en su bienestar emocional, social y académico.

Todos y todas las estudiantes conocen la existencia de los derechos humanos, pero en el entorno educativo se sigue visibilizando eventos violentos entre iguales. Agregando que la violencia es latente entre la población en esta investigación, y es necesario dar a conocer el porcentaje de alumnos que es violentado con respecto a diversas características sociodemográficas.

Este trabajo tiene como objetivo identificar, analizar y comprender los tipos de violencia presentes en entornos educativos y sociales, así como las percepciones y respuestas de las víctimas.

Este documento presenta una breve descripción teórica conceptual sobre la violencia que sufren los jóvenes en diversos espacios, dando mayor énfasis en el espacio escolar, además de los resultados de una encuesta aplicada a estudiantes.

Marco teórico

La violencia se define como una conducta agresiva destinada a causar daño físico o verbal a otros. Puede ser reactiva, motivada por la ira, o premeditada con un propósito específico, como obtener recompensas (Lu et al., 2024; Martos Martínez et al., 2021).

La violencia escolar se define como una serie de acciones intencionadas para provocar daño, caracterizadas por ser continuas, repetidas y desequilibradas en términos de poder entre agresor y víctima (Gutiérrez Ángel, 2019). Domínguez Rodríguez et al. (2020) reportan que el acoso escolar puede manifestarse de manera directa, como golpes e insultos, o indirecta, a través de exclusión social y difusión de rumores, agregando que encontraron que la violencia verbal y física son frecuentes tanto en primaria como en secundaria, con mayores tasas en esta última.

Además, es un fenómeno complejo que involucra factores socioculturales, familiares y escolares (Ayala-Carrillo, 2015). Esto afecta negativamente la calidad educativa, contribuyendo al abandono escolar, la inseguridad y dificultades de aprendizaje. Agregando que el entorno escolar es un espacio clave para socializar y aprender a manejar conflictos, y si esto no ocurre, afecta la experiencia académica de los estudiantes (Silva et al., 2021).

Por ello, la violencia en entornos escolares es un tema central, destacando que ésta no se da únicamente en espacios físicos, sino también en espacios digitales, concluyendo que el acoso y el ciberacoso tienen implicaciones significativas para la salud mental, el rendimiento académico y la vida social de los estudiantes (Lu et al., 2024).

En las escuelas, las manifestaciones de violencia incluyen el uso de las TIC para difundir material ofensivo lo cual incrementa la exposición al abuso incluso fuera del entorno escolar (Llorent et al., 2016; Melián Domínguez, 2023).

Tipos de violencia más comunes

Los tipos de violencia más comunes en entornos escolares incluyen violencia verbal, física, psicológica y digital. Según el estudio de Domínguez

Rodríguez et al. (2020), la violencia verbal es la más prevalente, seguida de la violencia física. La violencia verbal constituye una de las formas más extendidas de agresión entre los adolescentes. Un estudio realizado en Bucaramanga, Colombia, reveló que el 66.5 % de los adolescentes reportaron haber experimentado violencia verbal, mientras que el 32 % indicaron haber sufrido violencia física. Estas manifestaciones de violencia pueden incluir insultos, amenazas y agresiones físicas (Páez Esteban et al., 2020).

Además, en la literatura se señala un aumento en la violencia ejercida mediante Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), como el ciberacoso, el cual ha cobrado relevancia en los últimos años debido al acceso masivo a dispositivos digitales (Domínguez Rodríguez et al., 2020). El ciberacoso se define como cualquier forma de intimidación realizada a través de medios electrónicos, como teléfonos móviles o Internet, y ha recibido atención creciente debido a su impacto en la salud mental y física de las víctimas (Lu et al., 2024). Este tipo de violencia puede incluir insultos, amenazas y la difusión de información privada o falsa a través de plataformas digitales, que afectan a estudiantes, especialmente en el nivel medio superior (Ayala-Carrillo, 2015; Llorent et al., 2016).

La violencia a través de TIC se aborda ampliamente, destacando que sus características son el anonimato y difusión masiva; además de manifestarse por medio de insultos, rumores, suplantación de identidad y exclusión social (Gutiérrez Ángel, 2019).

Aunado a lo anterior, los autores mencionan que el ciberacoso afecta de manera desproporcionada a las minorías sexuales. Se señala que las niñas tienden a participar más en formas relacionales de ciberacoso, como difundir rumores en línea, mientras que los niños son más propensos a involucrarse en comportamientos directos y físicos (Lu et al., 2024).

Esto ha emergido como una preocupación significativa en el contexto escolar; según Domínguez Rodríguez et al. (2020), el ciberacoso afecta principalmente a adolescentes y tiene consecuencias negativas tanto para la salud emocional como para el rendimiento académico. Por su parte, Melián Domínguez (2023) destaca que la prevalencia del ciberacoso está en aumento debido al acceso generalizado a tecnología digital entre los jóvenes.

Grupos vulnerables y violencia

Los adolescentes que son víctimas suelen ser introvertidos, tener problemas de interiorización y carecer de pertenencia a un grupo de pares. También enfrentan exclusión social, lo que incrementa el riesgo de depresión, estrés y ansiedad (Martos Martínez et al., 2021).

De igual forma, los estudiantes más jóvenes, tímidos o en situaciones de desventaja suelen ser los más violentados, enfrentando consecuencias emocionales y sociales significativas, como el aislamiento y el bajo desempeño académico (Silva et al., 2021).

Los adolescentes que enfrentan exclusión social y carecen de apoyo emocional son más vulnerables a la victimización. También se indica que los jóvenes en entornos familiares conflictivos son más propensos a justificar la violencia (Martos Martínez et al., 2021, p. 576).

Tanto hombres como mujeres experimentan violencia escolar, aunque los tipos varían según el género. Los niños tienden a experimentar más violencia física, mientras que las niñas son más propensas a sufrir violencia psicológica y ciberacoso. Según Melián Domínguez (2023), las diferencias también se reflejan en la percepción de las causas, como la apariencia física o el origen cultural, aspectos que incrementan el riesgo de ser víctima.

Se menciona que los estudiantes varones tienden a ser más propensos a participar en actos violentos, mientras que las mujeres pueden ser más propensas a la violencia intrafamiliar o sexual. También se identifica que estudiantes con características particulares (diferencias físicas, sociales o de comportamiento) son más propensos a ser víctimas. Se señala que las mujeres, niños, adolescentes y personas en contextos familiares violentos son especialmente vulnerables a distintos tipos de violencia. Además, los roles de género tradicionales agravan la situación (Ayala-Carrillo, 2015).

Además, adolescentes de diversos contextos son vulnerables a la violencia intrafamiliar y la discriminación basada en orientación sexual, apariencia física y condición social, lo cual incrementa su propensión al bullying (Silva et al., 2021).

Según un estudio, los estudiantes de minorías sexuales tienen mayores probabilidades de ser víctimas de acoso tanto en entornos escolares como virtuales. Además, las mujeres heterosexuales presentan mayor probabi-

lidad de ser acosadas en comparación con los hombres heterosexuales, mientras que entre las minorías sexuales, los hombres son más vulnerables que las mujeres (Lu et al., 2024).

Las minorías sexuales son un grupo vulnerable al acoso, enfrentando tasas más altas de victimización en comparación con sus compañeros heterosexuales. También se señala que la vulnerabilidad varía según el género y el grado escolar (Lu et al., 2024).

Otros de los grupos vulnerables son los estudiantes con discapacidades o aquellos que pertenecen a minorías culturales, quienes enfrentan un riesgo más alto de ser víctimas de violencia escolar. Calderón et al. (2014) destacan que la inclusión y el reconocimiento de la diversidad son fundamentales para reducir la incidencia de violencia hacia estos grupos. Asimismo, Melián Domínguez (2023) subraya que la aparición de violencia hacia estos estudiantes está relacionada con prejuicios culturales y sociales que deben ser abordados desde una perspectiva educativa inclusiva.

Los adolescentes pertenecientes a minorías sexuales y étnicas son más vulnerables al bullying y al ciberacoso. En estudios realizados en Andalucía, España, se identificó que estas minorías enfrentan un mayor riesgo de victimización debido a su posición social y vulnerabilidad percibida (Llorent et al., 2016; Kiekens et al., 2024).

El acoso escolar no se limita a los pares; también puede ser perpetrado por maestros. La agresión por parte de docentes, asociada a climas escolares autoritarios, puede contribuir al comportamiento agresivo de los estudiantes y perpetuar un ambiente de violencia (Ivaniushina y Alexandrov, 2022). De igual forma, se reporta que los profesores también son violentados por los estudiantes.

En una investigación en Chile, se reconoció que los profesores enfrentan situaciones de violencia por parte de estudiantes, familias, directivos escolares y el propio sistema educativo. La principal fuente de agresión son los estudiantes, quienes manifiestan conductas desafiantes en el aula y recurren a redes sociales para desprestigiar a los docentes. A esto se suma la violencia estructural generada por condiciones laborales precarias y la presión por cumplir estándares educativos. Estas dinámicas se intensifican debido a transformaciones sociales y familiares, que fomentan interacciones violentas en los jóvenes, afectando tanto a los profesores como al entorno escolar en su conjunto (Galdames y Pezoa, 2016).

También se ha reportado la violencia hacia los profesores en un estudio realizado en una escuela secundaria de Guadalajara, México, donde se menciona que este fenómeno tiene una prevalencia del 41.9 % desde la perspectiva de los estudiantes. Las formas más frecuentes de violencia son la disrupción en el aula (48.46 %) y la violencia verbal (32.85 %) (Valle-Barbosa et al., 2019).

Respuestas de las víctimas ante actos de violencia

La literatura señala que las víctimas de violencia pueden desarrollar síntomas de estrés, ansiedad y uso de sustancias. Algunos adolescentes, clasificados como “víctima-agresor”, responden a la violencia siendo ellos mismos agresores, lo que agrava los conflictos (Martos Martínez et al., 2021).

Las víctimas de violencia escolar desarrollan problemas emocionales, sociales y de salud mental, destacando la necesidad de intervenciones especializadas y apoyo para ayudarles a manejar los efectos de la violencia (Silva et al., 2021).

De igual forma, las víctimas suelen experimentar efectos negativos en su bienestar emocional y social. Estos incluyen ansiedad, depresión, baja autoestima y, en casos graves, tendencias suicidas (Melián Domínguez, 2023). Además, la exposición prolongada a la violencia puede derivar en exclusión social o en un menor rendimiento académico, lo cual resalta la necesidad de intervenciones tempranas (Domínguez Rodríguez et al., 2020).

Enfoques teóricos sobre violencia

Para comprender el fenómeno de la violencia, es necesario comprender los factores individuales, familiares y sociales que contribuyen a las actitudes violentas. Como ejemplo, se tiene que el apoyo parental hacia estrategias pacíficas está asociado con menores actitudes favorables hacia la violencia, mientras que un entorno familiar conflictivo puede fomentar la justificación de conductas agresivas (Martos Martínez et al., 2021).

También existen teorías que explican dicho fenómeno. La teoría bioecológica de Bronfenbrenner explica cómo las interacciones y experiencias

de violencia vividas durante la vida moldean los comportamientos violentos, considerando componentes como los procesos proximales, características personales, contexto y tiempo. Así, se analiza cómo los contextos familiares y escolares influyen en el comportamiento violento (como se cita en Silva et al., 2021).

Como los procesos proximales se refieren a interacciones cercanas y frecuentes: menciona

Las personas que han vivido situaciones de violencia a lo largo de su vida suelen estar expuestas a interacciones conflictivas o agresivas en sus entornos inmediatos, como la familia, la colonia o la escuela. Por ejemplo: Si un niño crece en un hogar donde la violencia es una forma recurrente de resolver conflictos, es probable que interiorice estas conductas como normales. Las dinámicas familiares abusivas o negligentes, como el maltrato físico o verbal, moldean las respuestas emocionales y conductuales de la persona.

2. Influencia en la socialización:

Los procesos proximales también están vinculados a la manera en que las personas aprenden normas y valores sociales. Si las figuras de autoridad más cercanas (padres, cuidadores, maestros) utilizan la violencia como herramienta de control, el individuo puede adoptar estos patrones como guías para interactuar con los demás.

3. Modelado de comportamientos violentos:

Las interacciones repetitivas con figuras de referencia violentas refuerzan el aprendizaje observacional. Es decir, al observar actos de violencia y sus consecuencias, las personas aprenden no solo a reproducirlos, sino también a justificar su uso en determinados contextos.

4. Relaciones recíprocas:

Los procesos proximales son bidireccionales: no solo el entorno influye en el individuo, sino que este también puede afectar a su entorno. Una persona que adopta comportamientos violentos puede perpetuar un círculo de agresión, impactando a otros y recibiendo retroalimentación que refuerza sus conductas.

5. Importancia del contexto y tiempo:

Los efectos de estos procesos se agravan o atenúan según el contexto (familiar, social, cultural) y el momento de la vida en que ocurren. Por ejemplo, la exposición prolongada a la violencia en la infancia tiene un impacto más profundo que una experiencia violenta aislada en la adultez.

Otro enfoque teórico explica que la construcción de la masculinidad impulsa a los niños a buscar poder dentro de los grupos de pares, lo que estimula comportamientos agresivos, incluida la violencia. Es así que se perciben a las niñas agresivas como inmaduras o transgresoras debido a los estereotipos de género (Lu et al., 2024).

Por su parte, Johan Galtung (1998) propuso un modelo teórico que categoriza la violencia en tres dimensiones: directa, estructural y cultural. La violencia directa es aquella visible y física; la estructural se deriva de desigualdades del sistema; y la cultural legitima las otras formas a través de creencias y valores sociales. Estas dimensiones son clave para entender las manifestaciones de violencia en entornos escolares y cómo estas son reforzadas por factores estructurales y culturales (Domínguez Rodríguez et al., 2020).

Factores que la generan, como la falta de reglas claras, relaciones poco afectivas en la comunidad escolar y minimización de problemas por parte de las instituciones educativas (Ayala-Carrillo, 2015).

¿Quiénes violentan?

Los pares son los principales perpetradores de violencia en el contexto escolar, particularmente en casos de bullying y ciberacoso. Los agresores suelen aprovechar relaciones de poder asimétricas para someter a las víctimas mediante agresiones físicas, verbales o sociales (Páez Esteban et al., 2020; Zhang et al., 2024).

En el caso de las minorías étnicas, sexuales y culturales, los perpetradores suelen ser compañeros que discriminan a estas poblaciones debido a prejuicios y estigmas sociales, generando violencia basada en la identidad de género, orientación sexual o etnia (Llorent et al., 2016; Kiekens et al., 2024).

En algunos casos, los docentes también pueden ser perpetradores de violencia, como se observa en climas escolares autoritarios. Esto incluye

formas de acoso verbal, psicológico o humillación hacia los estudiantes, lo que puede desencadenar agresividad entre los alumnos y perpetuar un entorno de violencia (Ivaniushina y Alexandrov, 2022).

La violencia también puede provenir del entorno familiar. Según los datos, los antecedentes de agresión verbal y física en el hogar, así como el abuso de sustancias por parte de los padres, están asociados con la perpetración de violencia escolar por parte de adolescentes que replican conductas observadas en su entorno familiar (Páez Esteban et al., 2020).

En casos de ciberacoso, los perpetradores suelen ser compañeros de escuela o personas conocidas que utilizan tecnologías para hostigar, amenazar o difundir información privada de las víctimas. Este tipo de violencia tiende a ser más difícil de controlar debido al anonimato que brindan las plataformas digitales (Llorent et al., 2016).

Los perpetradores de violencia suelen actuar movidos por una necesidad de poder, control o recompensa social. Por ejemplo, en el caso de los agresores escolares, su comportamiento está relacionado con una mayor sensibilidad a la recompensa y menor empatía hacia las víctimas (Valera-Pozo et al., 2021).

Los perpetradores de violencia hacia jóvenes y adolescentes incluyen compañeros de clase, docentes, familiares y agresores digitales. Estos individuos suelen actuar impulsados por dinámicas de poder, prejuicios sociales o patrones de comportamiento aprendidos en sus entornos inmediatos.

A pesar de que los estudiantes han cursado 12 niveles educativos en los que se abordan temas como derechos y obligaciones, cuidado emocional y la importancia de actuar como pro persona, aún enfrentan limitaciones significativas en cuanto a las herramientas necesarias para su protección integral. Aunque el sistema educativo incluye materias y contenidos orientados a formar ciudadanos informados y responsables, la evidencia indica que este conocimiento teórico no siempre se traduce en habilidades prácticas para abordar situaciones complejas relacionadas con sus derechos, bienestar emocional y relaciones interpersonales (Castañeda y López, 2018).

Uno de los desafíos más relevantes en el nivel medio superior es que, aunque se espera que los jóvenes cuenten con una comprensión adecuada sobre el cuidado de sus derechos y emociones, en la práctica esto no

siempre ocurre. Muchos estudiantes carecen de las herramientas necesarias para identificar y enfrentar situaciones de vulnerabilidad, lo que resalta la necesidad de un acompañamiento más personalizado y continuo. Este acompañamiento debe enfocarse no solo en transmitir información, sino en el desarrollo de competencias socioemocionales que permitan a los estudiantes manejar el estrés, los conflictos y las dinámicas sociales de manera efectiva (Martínez et al., 2019).

En este sentido, es fundamental proporcionar a los estudiantes información adicional sobre derechos humanos, cuidado personal y protección emocional. Asimismo, resulta prioritario diseñar actividades pedagógicas innovadoras y centradas en el aprendizaje significativo, donde los jóvenes puedan practicar y consolidar habilidades esenciales para la vida. Estas actividades deben integrar componentes prácticos y reflexivos que les ayuden a relacionar los contenidos académicos con su vida cotidiana, promoviendo así un cambio positivo tanto en su entorno personal como social.

Desde la perspectiva del modelo ecológico de Bronfenbrenner (1979), cada individuo forma parte de un sistema interconectado en el que los cambios a nivel personal pueden influir en los distintos contextos en los que se desenvuelve. Esto significa que, al dotar a los estudiantes de bachillerato con herramientas sólidas para afrontar la violencia o cualquier forma de vulnerabilidad, no solo se está beneficiando a la persona, sino que también se está promoviendo una transformación en los sistemas más amplios en los que participan, como la familia, la escuela y la comunidad.

Por otro lado, es importante destacar que la adolescencia es una etapa de transición crítica en la que los jóvenes enfrentan cambios emocionales, físicos y sociales que pueden aumentar su susceptibilidad a situaciones de riesgo. En este contexto, las instituciones educativas tienen la responsabilidad de ofrecer espacios seguros y de apoyo donde los estudiantes puedan expresar sus preocupaciones y necesidades. La creación de estos espacios fomenta la confianza y la participación activa, dos elementos clave para empoderar a los jóvenes y permitirles convertirse en agentes de cambio en sus entornos (Sánchez y García, 2020).

Además, el desarrollo de habilidades prácticas en derechos humanos y bienestar emocional no solo fortalece el autocuidado, sino que también fomenta el respeto hacia los demás y la construcción de relaciones salu-

dables. Estas competencias no solo son útiles en el ámbito educativo, sino que también preparan a los jóvenes para enfrentarse a los retos de la vida adulta, promoviendo una sociedad más justa y equitativa.

Se puede describir que, aunque los estudiantes han recibido formación en diversos temas relacionados con derechos y cuidado personal, es evidente que aún necesitan un mayor acompañamiento y acceso a herramientas educativas que promuevan su desarrollo integral. Brindarles un enfoque educativo más centrado en el aprendizaje activo y en el desarrollo socioemocional no solo les permitirá enfrentar las situaciones adversas que puedan estar viviendo, sino que también contribuirá a la transformación positiva de los contextos en los que interactúan. A continuación, se presentan los resultados obtenidos de la aplicación de una batería de preguntas, que ofrece un análisis detallado sobre sus percepciones, conocimientos y necesidades en estos temas, y son los siguientes: ámbito estatal.

Se realizó el estudio a un universo de 180 000 jóvenes bachilleres de la Universidad de Guadalajara. El tamaño de la muestra: 25 040 encuestas. La edad de la población muestra: Población de ambos sexos entre 15 y 19 años. Se realizó un muestreo aleatorio simple por cuotas de jóvenes inscritos en preparatoria metropolitana o regional en la Universidad de Guadalajara. Método recogido de la encuesta: aplicada por medio de la G-Suite de Google. Error muestral: Nivel de confianza del 99 % con un margen de error del 1 %.

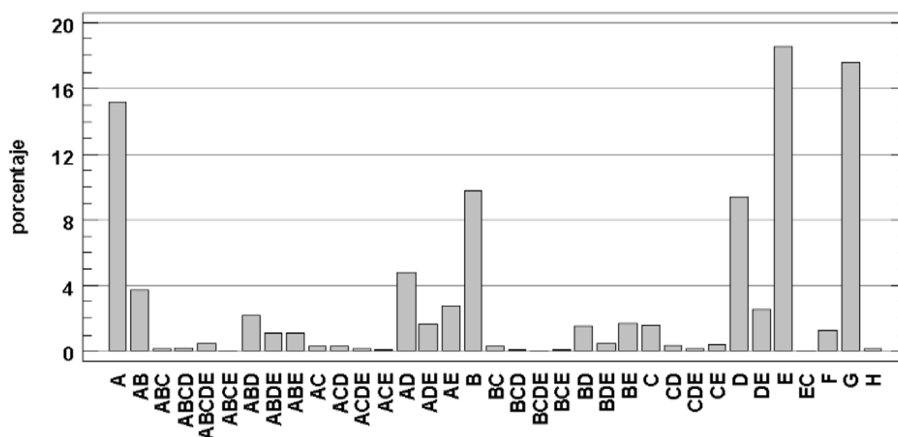
Programa de análisis de datos: Stargraphics Centurion XVI: Las preguntas son las siguientes: ¿Qué personas cercanas suelen ser violentas contigo? ¿En el último año has recibido en tu teléfono celular comunicaciones dirigidas a ti con información, audios, imágenes, con contenido sexual (packs) sin tu consentimiento? ¿Qué tipo de violencia has sufrido recientemente? ¿A quiénes de las siguientes personas son más violentadas en tu entorno? Cuando sufres de algún acto violento, ¿qué haces?

Resultados

Se aplicó la prueba a una población de 25 040 estudiantes bachilleres. Las preguntas fueron abiertas y se realizó una categorización de opciones que van de la A a la G. En el caso de los que no recibieron ningún tipo de violencia, se les asignó la categoría H y se encuentran las siguientes opciones: A) Amigos, B) Familiares, C) Docentes, D) Compañero/as, E) Internet, F) Otros, G) Nadie, H) No contesto.

En la pregunta 42. ¿Qué personas cercanas suelen ser violentas contigo? En el recuadro anterior están las clasificaciones para contestar y el porcentaje de las respuestas que dieron, con un total de la respuesta que puntuó mayor a la pregunta: ¿Qué personas cercanas suelen ser violentas contigo? Fue la respuesta A (Amigos). Esto representa 15.2196 % de los 25 040 valores adquiridos en el test; y aunque se podría esperar que los amigos no violenten, resulta en esta pregunta que son los que violentan.

Diagrama de Barras de Pregunta 42



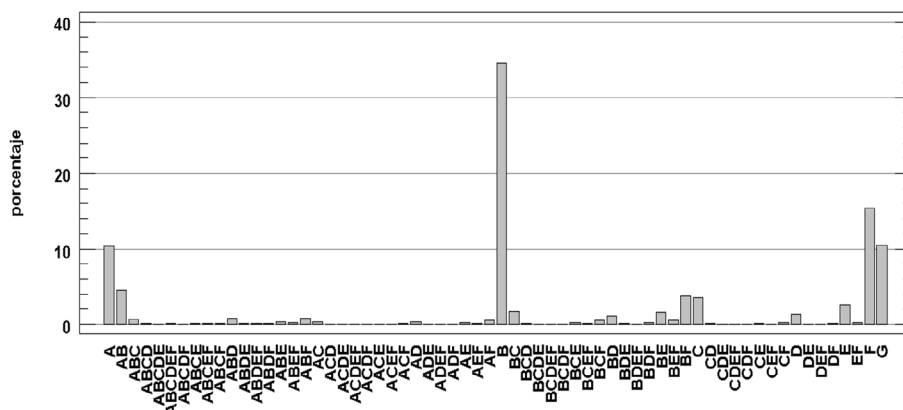
En la pregunta 43. ¿En el último año has recibido en tu teléfono celular comunicaciones dirigidas a ti con información, audios, imágenes, con contenido sexual (packs) sin tu consentimiento?

En la gráfica anterior se representan los resultados de los datos de la Pregunta 43, siendo la respuesta A) con los resultados más altos. Esto representa 16.0024 % de los 25040 de los valores adquiridos en este test.

Pregunta 43

Categoría	Porcentaje
A	16,00%
B	73,53%
C	10,06%
D	0,41%

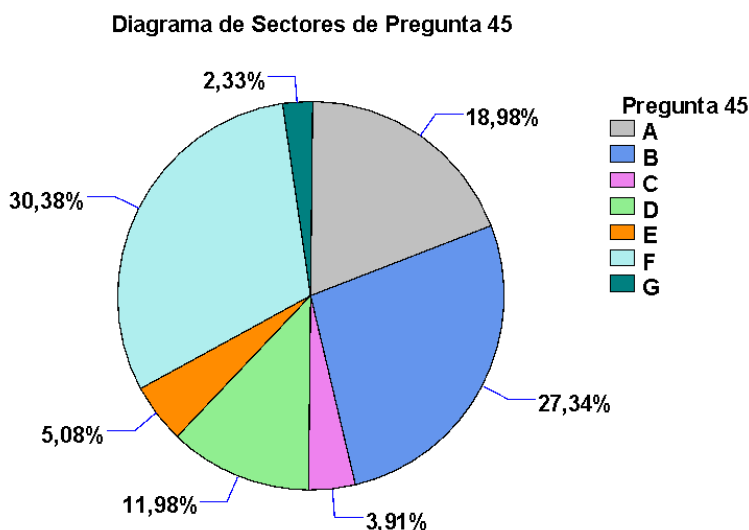
Diagrama de Barras de Pregunta 44



Respuestas: A) Físicamente, B) Psicológicamente C) Económicamente, D) Sexualmente , E) Académicamente, F) Privaciones o permisos G) No contestaron.

En la tabla se muestran las respuestas a la pregunta 44, así como porcentajes y estadísticos, la respuesta A), B), F) y se muestra con mayor puntuación la letra B). Esto representa 10.3275 % de los 25 040 valores en el archivo.

Pregunta 45. Desde tu opinión, ¿A quiénes de las siguientes personas son más violentadas en tu entorno?

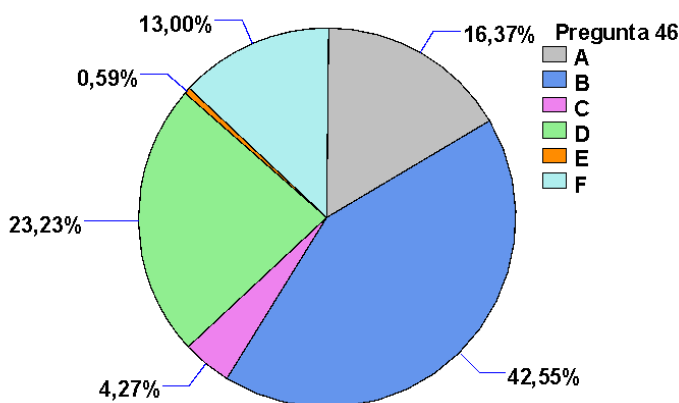


Esta tabla muestra el número de veces que se ha presentado cada valor de Pregunta 45, así como porcentajes y estadísticas acumuladas. Por ejemplo, en 4753 filas del archivo de datos, Pregunta 45 es igual a A. Esto representa 18.9816 % de los 25040 valores en el archivo. Las dos columnas de la extrema derecha dan los recuentos y porcentajes acumulados, desde el inicio de la tabla hacia abajo. Esta tabla muestra el número de veces que se ha presentado cada valor de Pregunta 45, así como porcentajes y estadísticas acumuladas. Por ejemplo, en 4753 filas del archivo de datos, Pregunta 45 es igual a A. Esto representa 18.9816 % de los 25040 valores en el archivo. Las dos columnas de la extrema derecha dan los recuentos y porcentajes acumulados, desde el inicio de la tabla hacia abajo.

Pregunta 46.- Cuando sufres de algún acto violento, ¿Qué haces?

A) Callarme y no decirle a nadie, B) Comentarlo con mis padres, C) Comentarlo con mis profesores, D) Comentarlo con compañeros (amigos) E) Otros F) No contesto

Diagrama de Sectores de Pregunta 46



Este gráfico muestra el número de veces que se ha presentado cada valor de Pregunta 46, así como porcentajes y estadísticas acumuladas. Por ejemplo, en 4098 filas del archivo de datos, Pregunta 46 es igual a A. Esto representa 16.3658 % de los 25040 valores en el archivo. Las dos columnas de la extrema derecha dan los recuentos y porcentajes acumulados, desde el inicio de la tabla hacia abajo.

Como se observa en el capítulo, resulta fundamental destacar la importancia de conocer y analizar la opinión de los estudiantes de bachillerato sobre el tema de la violencia en diversas áreas de su vida. Este enfoque no solo busca identificar cómo perciben y enfrentan este fenómeno, sino también encontrar vías para atender esta problemática como un área de oportunidad para promover cambios significativos en su entorno. Reconocer y abordar sus perspectivas es clave para diseñar estrategias que contribuyan a erradicar la violencia en sus múltiples manifestaciones.

Uno de los elementos fundamentales para lograrlo radica en el papel de la educación. La educación especial es aquella centrada en los derechos humanos y, por ende, en los Derechos Universitarios. Estas institucio-

nes pueden servir como una herramienta transformadora al brindar a los jóvenes el conocimiento necesario para entender sus derechos, expresar sus ideas y necesidades, y saber que cuentan con espacios seguros donde pueden compartir sus preocupaciones y experiencias. Estos espacios no solo deben ser accesibles, sino también inclusivos, permitiendo que los estudiantes participen activamente en la construcción de soluciones que impacten tanto en sus vidas como en la sociedad.

Además, es esencial comprender que proporcionar a los jóvenes herramientas educativas no solo beneficia a nivel individual, sino que tiene un impacto colectivo. Como lo plantea el modelo ecológico de Bronfenbrenner, cada individuo forma parte de un sistema interconectado. Por lo tanto, cuando un estudiante transforma su pensamiento, sus actitudes o su forma de interactuar con los demás, estos cambios comienzan a permean en los sistemas inmediatos en los que está inmerso, como su familia, su grupo de amigos, su escuela y eventualmente en su comunidad. Este proceso de cambio sistémico permite que los esfuerzos individuales contribuyan al bienestar social, generando una sociedad más equitativa y libre de violencia.

Asimismo, el aprendizaje juega un papel esencial en la modificación de las actitudes y comportamientos relacionados con la violencia. Cuando los estudiantes entienden que sus acciones pueden tener un impacto positivo en su entorno, se fomenta el desarrollo de habilidades socioemocionales como la empatía, la resolución de conflictos y la comunicación asertiva. Estas competencias no solo les permiten gestionar mejor las situaciones conflictivas en sus vidas, sino que también les brindan la capacidad de ser agentes de cambio en los ámbitos donde se desarrollan.

La sociedad en la que están inmersos los estudiantes también tiene un rol importante en este proceso. Los sistemas educativos, las familias y las comunidades deben trabajar de manera conjunta para construir una red de apoyo que fomente valores como el respeto, la igualdad y la no violencia. Al ofrecer entornos seguros y enriquecedores, los jóvenes no solo encuentran un espacio para su desarrollo personal, sino que también reciben el respaldo necesario para contribuir a la transformación de su contexto.

Comprender la opinión de los estudiantes sobre la violencia es un primer paso crucial para abordar este problema desde un enfoque integral.

A través de la educación en derechos, la creación de espacios seguros y la promoción de cambios individuales y colectivos, es posible generar un impacto positivo en la sociedad. Como señala Bronfenbrenner, el cambio en una parte del sistema puede influir en todas las demás, y este principio resalta la importancia de empoderar a los jóvenes para que sean actores clave en la construcción de una sociedad más justa y libre de violencia. Al modificar sus pensamientos y aprendizajes, no solo se transforman ellos mismos, sino también los contextos en los que participan y las estructuras sociales de las que forman parte.

Referencias

- Ayala-Carrillo, M. del R. (2015). Violencia escolar: Un problema complejo. *Ra Ximhai*, 11(4), 493-509. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=46142596036>
- Corral-Verdugo, V., & Frías-Armenta, M. (2012). La influencia del contexto familiar en el desarrollo de conductas violentas durante la adolescencia: Factores de riesgo y de protección. *Revista de Psicología*, 8(2), 123-135. Recuperado de: https://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S1794-31082012000200003&script=sci_arttext
- Domínguez Rodríguez, V., Deaño Deaño, M., & Tellado González, F. (2020). Incidencia de los distintos tipos de violencia escolar en Educación Primaria y Secundaria. *Aula Abierta*, 49(4), 373-384. <https://doi.org/10.17811/rife.49.3.2020>
- Galdames, A. M., & Pezoa, C. (2016). Violencias hacia profesores de enseñanza media en la región metropolitana de Chile. *Rumbos TS*, 11(14), 155-172.
- Gutiérrez Ángel, N. (2019). Tipos de violencia escolar percibidos por futuros educadores y la relación de las dimensiones de la Inteligencia Emocional. Interacciones. *Revista de Avances en Psicología*, 5(2), e150. <https://doi.org/10.24016/2019.v5n2.150>
- Ivaniushina, V., & Alexandrov, D. (2022). School structure, bullying by teachers, moral disengagement, and students' aggression: A mediation model. *Frontiers in Psychology*, 13, 883750. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2022.883750>

- Kiekens, W. J., et al. (2024). Trends in bullying victimization and social unsafety for sexually and gender diverse students. *Journal of Youth and Adolescence*, 53, 1579–1592. <https://doi.org/10.1007/s10964-024-01943-6>
- Llorent, V. J., Ortega-Ruiz, R., & Zych, I. (2016). Bullying and cyberbullying in minorities: Are they more vulnerable than the majority group? *Frontiers in Psychology*, 7, 1507. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2016.01507>
- Lu, J., Yang, J., Sadikova, E., & Tiemeier, H. (2024). The association of sexual minority status and bullying victimization is modified by sex and grade: findings from a nationally representative sample. *BMC Public Health*, 24(504). <https://doi.org/10.1186/s12889-024-17988-y>
- Martos Martínez, Á., Molero Jurado, M. del M., Pérez-Fuentes, M. del C., Simón Márquez, M. del M., Barragán Martín, A. B., & Gázquez Linares, J. J. (2021). The complex nature of school violence: Attitudes toward aggression, empathy and involvement profiles in violence. *Psychology Research and Behavior Management*, 14, 575–586. <https://doi.org/10.2147/PRBM.S313831>
- Melián Domínguez, V. (2023). El acoso escolar: Una revisión bibliográfica. *IPSE-ds*, 16(1), 11-32.
- Páez Esteban, A. N., et al. (2020). Bullying in adolescents: Role, type of violence and determinants. *Revista de la Escuela de Enfermería de la USP*, 54, e03625. <https://doi.org/10.1590/S1980-220X2019026003625>
- Santana Sánchez, A. K. (2024). Violencia escolar y sus manifestaciones en la escuela primaria. *Revista CoPaLa. Construyendo Paz Latinoamericana*, 9(19), 1-21. <https://doi.org/10.35600/25008870.2024.19.0302>
- Silva, G. R. R., Lima, M. L. C., Acioli, R. M. L., & Barreira, A. K. (2021). A influência da violência familiar e entre pares na prática do bullying por adolescentes escolares. *Ciência & Saúde Coletiva*, 26(Suppl. 3), 4933-4943. <https://doi.org/10.1590/1413-812320212611.3.20632019>
- Valle-Barbosa, M. A., Muñoz de la Torre, A., Robles-Bañuelos, R., Vega López, M. G., Flores-Villavicencio, M. E., & González-Pérez, G. J. (2019). La violencia y acoso escolar en una escuela de Guadalajara, México. *Revista Iberoamericana de Educación*, 79(2), 43-58. <https://rieoei.org/RIE/article/view/3180>
- Valera-Pozo, M., et al. (2021). Long-term profiles of bullying victims and aggressors: A retrospective study. *Frontiers in Psychology*, 12, 631276. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2021.631276>

[tps://doi.org/10.3389/fpsyg.2021.631276](https://doi.org/10.3389/fpsyg.2021.631276)

Zhang, X., et al. (2024). Prevalence and associated factors of school bullying among adolescents in Inner Mongolia, China. *Heliyon*, 10, e37201. <https://doi.org/10.1016/j.heliyon.2024.e37201>

